

AMSTER.

ATENEA

Revista trimestral
de Ciencias, Letras y Artes
publicada por la
Universidad de Concepción
Chile



AÑO XLV / TOMO CLXVII / N.º 420

FIDEL ARANEDA BRAVO

CENTENARIO DE
PEDRO BALMACEDA TORO,
"EL DULCE PRINCIPE"
1868-1968

UN CASO singular de precocidad literaria en hispanoamérica es el de nuestro escritor Pedro Balmaceda Toro, cuyo centenario de su nacimiento se conmemoró el 23 de abril de este año de 1968.

Sin embargo, con excepción de Eliodoro Astorquiza (1884-1934), Eduardo Solar Correa (1891-1935), Domingo Melfi (1890-1946), Raúl Silva Castro (1903) y el profesor Antonio Doddis (1906), que hizo su memoria para optar al título, los historiadores de las letras nacionales parecen haberse confabulado para silenciar el nombre del joven crítico y cuentista, precursor del Modernismo en Chile, que inspiró a Rubén Darío las mejores páginas de *Azul*.

Pedro N. Cruz, Omer Emeth y Alone (Hernán Díaz Arrieta) en sus estudios literarios e historias de la Literatura, ni siquiera mencionan el nombre de Balmaceda, cuyo seudónimo A. de Gilbert, lo hizo célebre en su tiempo. Hugo Montes y Julio Orlandi lo recuerdan, sin darle importancia, cuando evocan la presencia de Rubén Darío en Chile. En las antologías de cuentistas chilenos, hechas por Mariano Latorre en 1938 y por el Instituto de Literatura Chilena en 1963, no aparece ninguno de los cuentos del precoz autor, y, últimamente, en el Nº 4 de la *Revista del Pacífico*, el avezado crítico Cedomil Goic en su estudio *Generación de Darío*, prescinde de Balmaceda, cuyos relatos, aunque de bien escaso valor literario, abrieron paso en nuestro país al movimiento modernista.

En cualquier otro país del mundo, los historiadores de la literatura y los antologistas habrían acogido con honra y gloria la obra de un muchacho inteligente, casi genial y muy estudioso, que entre los 16 y 20 años escribió críticas de arte y de letras, maduras y medulares, para su corta edad, y algunos cuentos, carentes de originalidad, inspirados

en sus ídolos, los novelistas franceses; pero en todo caso, los primeros que se intentaron aquí para salir del manoseado romanticismo.

Don Samuel A. Lillo, que en su *Literatura y Antología Contemporánea*, incluye a tantas mediocridades, aprendices de escritores sin mérito alguno, omite a Pedro Balmaceda; Mariano Latorre, en la *Antología de Cuentistas Chilenos*, publicada en el tomo xv de la *Biblioteca de Escritores Chilenos*, no vacila en insertar cuentos de autores, tan insignificantes como Daniel Barros, Román Vial, Angel Custodio Espejo, Ignacio Vives Solar, Francisco Zapata Lillo y otros; sin embargo, no sólo prescinde de los relatos modernistas de A. de Gilbert, sino aun más, ni siquiera lo nombra entre los cultivadores de este género, en las páginas del prólogo.

Comprendo que en un florilegio rigurosamente ajustado a la estética literaria, se omitan los cuentos de Pedro Balmaceda Toro; pero entonces habría que aplicar la misma medida a los de Barros Grez, Vial, Espejo, Vives y Zapata Lillo; mas es imperdonable no colocar el nombre de A. de Gilbert entre los primeros críticos de Arte y Literatura, junto a los de sus contemporáneos: Emilio Vaïsse (Omer Emeth), Pedro N. Cruz y Misael Correa Pastene; en todo caso, Balmaceda era más crítico que don Misael Correa, quien no pasaba de ser un periodista conservador aficionado a comentar libros. El estudio de A. de Gilbert sobre "La novela social contemporánea", bastaría para otorgarle el título de crítico.

Raúl Silva Castro se ocupa de Balmaceda como autor del cuento moderno, nada dice del exégeta de literatura y arte. Donde Silva Castro estudia más largamente a nuestro joven escritor es en su libro *Rubén Darío a los veinte años*, a propósito de su amistad con el poeta nicaragüense. Es Eduardo Solar Correa, en su obra *Escritores de Chile*, quien reclama para A. de Gilbert un lugar señero en las letras nacionales y americanas. Domingo Melfi, en *Viaje literario*, reconoce también la noble alcurnia intelectual y artística del malogrado hombre de letras. Si alguien estudia con seriedad la literatura chilena tendrá que otorgar a Pedro Balmaceda Toro un sitio privilegiado entre los primeros críticos de arte y literatura, y como el precursor del cuento modernista, surgido en una época raquítica y desmedrada de las letras nacionales, entre el período de la postguerra de 1879 y la fatídica e inútil revolución de 1891.

*

El infortunado joven era el hijo mayor del presidente de la República José Manuel Balmaceda Fernández y de doña Emilia de Toro Herrera, nieta del Conde de la Conquista, don Mateo Toro Zambrano. Pedro había nacido en la opulencia, el 23 de abril de 1868, cuando su padre comenzaba la brillante carrera política en el Club de la Reforma. Aunque mimado por sus padres, desde muy pequeño salió a su encuentro el infortunio: recién nacido se le cayó de los brazos a la niñera, sin que ésta comunicara el accidente a los padres del niño. No obstante la incipiente medicina de entonces, creció corcovado, y por esta causa sufrió una dolorosa opresión al corazón que motivó su prematura muerte. El incurable mal no fue óbice para que iniciara los estudios en el colegio inglés de Rafford, y los continuara en el de los Padres Franceses, establecimientos en los cuales figuró entre los mejores alumnos, al lado de Arturo Alessandri Palma y Enrique Matta Vial. Obtuvo con excepcional votación el título de bachiller en filosofía y humanidades. Mientras cursaba los grados secundarios, estudió sólo la lengua italiana.

Ni la débil contextura física, ni sus refinados gustos artísticos y literarios le sirvieron jamás de pretexto para eludir los estudios y el trabajo: de motu proprio inició, poco después, el curso de Derecho en la Universidad del Estado; al morir había terminado los estudios, pero no alcanzó a recibir el título de abogado. En aquel tiempo tomaba cuerpo la oposición conservadora contra el presidente Balmaceda: Pedro y su futuro cuñado, don Emilio Bello Codecido (1868-1963) eran permanentemente hostilizados por el profesor de Derecho Civil don José Clemente Fabres (1826-1908) pelucón sectario e intransigente. En casi todas las clases, el catedrático hacía alguna pregunta sobre la materia a los dos alumnos, y si no contestaban satisfactoriamente, los expulsaba de la sala. Ambos jóvenes llegaban a la clase con el diario gobiernista bajo el brazo.

La abogacía no era la vocación de Pedro Balmaceda. "El abogado —le manifestó una vez a Manuel Rodríguez Mendoza— excluye al hombre de letras. Antes de los veinticinco años habré publicado dos o tres volúmenes; pero antes de esa edad no habré hecho ningún alegato de bien probado"¹.

¹Estudios y Ensayos Literarios. Pedro Balmaceda Toro. Prólogo. Pág. 18.

A. de Gilbert fue uno de los fundadores del antiguo ATENEO DE SANTIAGO, integrado por la mayoría de los socios del Club del Progreso. En sus reuniones se congregaban los escritores de la época: Carlos Luis Hübner, Daniel Riquelme, Alfredo Irarrázabal, Luis Orrego Luco, Domingo Amunátegui Solar, Luis Arrieta Cañas, Alejandro Fuenzalida Grandón, Francisco Concha Castillo, Narciso Ton-dreau, Ricardo Montaner Bello, Samuel A. Lillo, que, diez años después, fundaría el otro ATENEO DE SANTIAGO, Julio Vicuña Cifuentes, Manuel Rodríguez Mendoza, Arturo Alessandri Palma, Enrique Nercaseau, Pedro Antonio González y Pedro Balmaceda Toro, que, por su enfermedad concurrió pocas veces a las sesiones, y sólo pudo leer un ensayo sobre "Los Salones Literarios". Presidió las sesiones don Luis Dávila Larraín y fueron secretario y prosecretario Enrique Nercaseau y Morán y Arturo Alessandri Palma, respectivamente.

La juventud literaria, un poco bohemia, se reunía entonces en la sala de redacción del diario *La Epoca*, de propiedad de don Agustín Edwards Ross. Allí se juntaban: Augusto Orrego Luco, Manuel Rodríguez Mendoza, Alfredo Irarrázaval, Luis Orrego Luco y Pedro Balmaceda.

Desde el 18 de septiembre de 1886 era Primer Mandatario de la República el padre de Pedro, don José Manuel Balmaceda, uno de los tres o cuatro más grandes de la historia de Chile. Balmaceda había sido secretario de Manuel Montt en el Congreso Panamericano de 1864, en Lima, y uno de los más activos y revoltosos miembros del Club de la Reforma, durante el pacífico gobierno de don José Joaquín Pérez. Balmaceda fue el candidato a la Presidencia de los liberales de gobierno y nacionales. Ya una vez en la Moneda, su deseo era unir a los liberales, neutralizar y atraerse a los pelucones, y fomentar la educación, las obras públicas, las industrias y la economía nacional. Rubén Darío, en *A. de Gilbert* traza un retrato exacto del Presidente: "A. de Gilbert llevaba en la sangre el germen del talento. El señor Balmaceda, persona de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante y de político que posee, es un literato y orador distinguido. Sobre todo en la tribuna es donde ha triunfado en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero

culto. Es el hombre moderno”². Ya en 1888, los grupos liberales, que no simpatizaron con su candidatura, los pelucones y los radicales, comenzaron a entorpecer la labor constructiva del inflexible hombre de Estado. El pueblo chileno lleva en la sagre el espíritu de crítica y la presidentofagia, como decía Joaquín Edwards Bello (1887-1968). Los intereses económicos de los poderosos y banqueros no miraron con buenos ojos los deseos del primer magistrado de nacionalizar las salitreras y de estabilizar el régimen monetario. En 1889 la hostilidad de la oposición era tan fuerte e incontrolada que muchos anunciaban ya la guerra civil.

Don José Manuel Balmaceda, su esposa e hijos, trasladaron su residencia al Palacio de la Moneda; allí habitó el primogénito, Pedro, a quien sus padres rodeaban de las mayores comodidades y regalos.

El 23 de junio de 1886 arribó a Valparaíso el joven poeta nicara-güense Rubén Darío. Durante el mes de julio tuvo algunas actividades literarias y periodísticas en Valparaíso. Mostró a Eduardo Poirier, cónsul de Nicaragua en ese puerto, un tomo de poesías que fueron como las cartas credenciales del poeta innovador del verso americano y jefe del movimiento modernista en Hispanoamérica. Los versos fueron muy celebrados en aquella ciudad y en la capital.

Según cuenta Rubén Darío en su Autobiografía, don Adolfo Carrasco Albano le recomendó a don Eduardo Mac-Clure, director de *La Epoca* y cuñado del propietario. Se incorporó a la tertulia literaria del diario, y en ella conoció “a graves y directivos personajes”. Enseguida recuerda a los jóvenes escritores de ese tiempo, que “eran habituales a nuestras reuniones —dice—, Luis Orrego Luco; el hijo del Presidente de la República Pedro Balmaceda Toro, Manuel Rodríguez Mendoza; Jorge Huneeus Gana; su hermano Roberto; Alfredo y Galo Irrarázaval, Narciso Tondreau; el pobre Alberto Blest, ido tan pronto³; Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que tenían”⁴.

De toda esta gente literariamente notable en aquella época, el único que logró destacarse más tarde fue Luis Orrego Luco (1866-1949), que con su novela *Casa Grande* incorporó las miserias de la

²A. de Gilbert. (*Rubén Darío*. Pág. 119.

Obras de Juventud. A. Donoso). Pág. 360.

⁴*Autobiografía*. (*Rubén Darío*.

Obras de Juventud. A. Donoso).

Pág. 119.

³*Autobiografía*. (*Rubén Darío*.
Obras de Juventud. A. Donoso).

aristocracia chilena a la novelística nacional. Pedro Balmaceda, merecedor de un sitio privilegiado en nuestras letras por haber iniciado aquí el movimiento modernista e influido en Rubén Darío, no ha sido aún valorizado. Los demás personajes pasaron como ráfagas fugaces sin dejar obras que los inmortalizaran,

Rubén Darío conoció a Balmaceda el 10 de diciembre de 1886⁵ en la redacción de *La Epoca*, “y fue de los primeros corazones que me hicieron endulzar la ausencia de la patria nativa”, confiesa el poeta⁶.

A. de Gilbert había escrito en *Los Debates* un artículo con seudónimo, “cuyo estilo —en opinión de Darío— nada tenía de común con el de todos los otros escritores de entonces. Era sobre la muerte de un romancero popular, uno de esos poetas bronce e ingenuos que florecen como los árboles salvajes, al sol de Dios y al viento de las acacias”. “No pude saber, por de pronto, quién era el autor de aquellas líneas deliciosas en las que la frase sonreía y chispeaba, llena de la alegría franca del corazón joven”⁷.

Cuando Manuel Rodríguez Mendoza, en la sala de *La Epoca*, puso en contacto a Balmaceda con Darío, “éste le comunicó sus impresiones —al nuevo compañero— respecto al artículo aquel”⁸ “—¡Soy yo, me dijo con una expresión de vanidad infantil, esa que excluye el orgullo necio y es límpida como el agua clara de una fuente montañera”.

“El era, en efecto, quien había escrito aquellas páginas admirablemente concebidas”⁹.

Desde entonces, y durante poco más de un año, Rubén Darío y A. de Gilbert fueron íntimos amigos.

Las campanas sonaron esa noche del 10 de diciembre anunciando incendio. Darío, que era cronista de *La Epoca*, debía ir al sitio del siniestro en busca de noticias. Ambos salieron juntos, conversaron de literatura francesa, y de inmediato el nicaragüense advirtió que ese muchacho de 18 años era un gran conocedor de las letras galas.

Llamó la atención de Darío la conversación de A. de Gilbert: había en ella “mariposeos y transiciones” femeninas, aunque sus mo-

⁵“El día de este encuentro ha sido precisado por don Julio Saavedra Molina: 10 de diciembre de 1886”. Raúl Silva Castro. *Rubén Darío a los veinte años*. Pág. 132

⁶A. de Gilbert, ya citado (R.

Darío. Obras de Juventud). Pág. 347.

⁷A. de Gilbert. Pág. 346.

⁸A. de Gilbert. Pág. 346.

⁹A. de Gilbert. Pág. 347.

dales eran muy varoniles. "A intervalos —prosigue—, la risa vibraba su diapason"¹⁰.

El poeta quedó vivamente impresionado del joven chileno: "desde aquel instante —cuenta— una cadena íntima y radiosa unió nuestros espíritus".

"En mi memoria veo aún sus gestos convincentes que eran como un apoyo a sus razones. Dijérase que en veces con un movimiento vivaz y penetrante de malicia, subrayaba su frase, pronunciada con aquella voz suya vibrante pero opaca, como si estuviese la vocalización suavizada por una tela de raso"¹¹.

En su Autobiografía, el creador del Modernismo hispanoamericano evoca líricamente la personalidad del nuevo amigo, un año menor que él: Lo elogia como poeta; "a nadie se le podría aplicar mejor el adjetivo de Hamlet: "Dulce Príncipe". "Tenía una cabeza apolínea sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. *¿Quién escribía en ese tiempo sobre arte sino él? Y ¿quién daba en ese instante una vibración de novedad de estilo como él? Estoy seguro de que todos mis compañeros de aquel entonces acuerdan conmigo la palma de la prosa a nuestro Pedro lamentado y querido*"¹².

Emilio Rodríguez Mendoza, con su franqueza bien intencionada, pero no por eso menos cruel, que le acarreó tantos sinsabores, y de la cual, a pesar de todo, nunca se arrepintió, en la novela de clave *Ultima Esperanza*, deja un acabado retrato físico de "Paulo" el protagonista principal, que no es otro sino el mismísimo Pedro Balma-ceda Toro: "Había mucho dolor en esa hermosa cabeza de artista, de facciones pulidas, limadas; la tez amarillenta como las hojas que palidecen en un otoño prematuro; y de grandes ojos, hundidos, en que congelábase un dejo de esa amargura intensa, resignada, que macera la carne con los cinceles del sufrimiento, de una angustia dolorosa para la cual no existen ni las lágrimas, que son el rocío de la amargura"¹³.

El mismo Rodríguez Mendoza (1873-1960), que a los 14 años co-

¹⁰A. de Gilbert. Pág. 347.

¹³*Ultima Esperanza* por A. de

¹¹A. de Gilbert. Pág. 347.

Gery. Santiago. Chile. Ercilla 1899.

¹²*Autobiografía*. Rubén Darío, ya citada. Pág. 121.

Pág. 8.

noció a Pedro Balmaceda, recuerda en su delicioso libro *¡Como si fuera ayer!*, que Darío no traía en su equipaje “nada del hálito poético modernista”. “Las hadas y las reinas rubias que iban a volar sobre las torres y las campanas que sólo daban el toque de ánimas o el de queda, lo esperaban aquí en los libros de Pedrito Balmaceda, *que fue el primero* —allá en 1885 y 1886— que habló de Baudelaire, Gauthier, Silvestre, Catulle Mendès, y de Manuel Rodríguez Mendoza (hermano de Emilio) que, a su vez, era el primero que discutiría en la prensa de pintores y artistas franceses”.

“¡Pobre Pedro y pobre Manuel!”¹⁴.

A pesar del silencio y del olvido inexplicables, fue Pedro Balmaceda Toro el artista genial, el dulce príncipe, el joven precoz que infundió en Rubén Darío el gusto por la lírica moderna, de la cual hay señales en *Abrojos*.

Balmaceda escribía con un seudónimo francés, escogido por sus compañeros de *La Epoca*, por Manuel Rodríguez Mendoza. El joven crítico y cuentista era sumamente modesto, prefería ocultar su nombre, desconfiaba de sí mismo. Una noche Rodríguez Mendoza encontró el seudónimo: “Con una gran voz dijo: ¡Firmemos Gilbert!”. Darío pensó en Gilbert “el célebre satírico del siglo XVIII, y aquellas páginas nada tenían de satírica. Deseaba para el seudónimo de Pedro un nombre sonoro, una combinación lírica de letras que algo dijese de quien poseía una tan opulenta imaginación y títulos tan soberbios en la aristocracia del estilo”¹⁵. Y a la pregunta de Rubén Darío: “¿Gilbert a secas?”, respondió el mismo nicaragüense: “Con algún agregado. Por ejemplo A. de Gilbert”, Pedro arguyó: “Este es un nombre de escritor francés”. “¿Quién más francés que Pedro en su modo de escribir; en su aire literario?”, repuso Darío¹⁶.

Balmaceda aceptó el seudónimo, y al día siguiente apareció en *La Epoca* el artículo de A. de Gilbert. “Aquella firma —anota Darío— era un hermoso enigma”¹⁷.

El joven escritor, no obstante su carácter irritable y temperamento nervioso, acentuado por la enfermedad, era un hombre de corazón magnánimo, bondadoso, amante de sus padres y hermanos menores, fino y leal con todos. “El Dulce Príncipe” le llamó con toda pro-

¹⁴*¡Cómo si fuera ayer...!* por A. de Gery. Santiago. Chile. Ed. Minerva 1920. Pág. 42.

¹⁶A. de Gilbert, ya citado. Pág. 348.

¹⁷A. de Gilbert, ya citado. Pág.

¹⁵A. de Gilbert, ya citado. Pág. 348.

piedad Rubén Darío, porque A. de Gilbert, al verlo llegar a Chile lleno de talento artístico, pero sin dinero, hizo valer su condición de hijo del jefe del Estado, a fin de obtener para el poeta extranjero, un empleo en la Aduana de Valparaíso, después de haberle acogido fraternalmente en Santiago. Domingo Melfi señala con exactitud el cordial recibimiento que hizo a Darío el primogénito del Presidente de la República: "Quizá el que con más delicadeza le tomó del brazo, sin hacer sentir demasiado la presión, para llevarlo junto a él, en ese ambiente en el que no siempre el poeta encontró la miel de una profunda devoción. Pero el artista que era Balmaceda, temperamento fino, delicado, en contraste con su propia amargura íntima, la amargura del que lleva auestas el peso de una inexorable dolencia, le dio esa bondad limpia y noble que emana de un gran corazón. El le facilitó los mejores libros, lo puso en contacto con los poetas más nuevos de Francia, lo interesó en las nuevas corrientes estéticas. Darío conoció la mesa de trabajo de Balmaceda. Sobre ella aparecían las últimas novedades europeas; allí estaban Goncourt, Richepin, Daudet, Mallarmé, Verlaine, Gauthier, las revistas artísticas, los cuadernos de los aguafuertistas más célebres, los nombres de los críticos mejores, en la cubierta de los libros valiosos que Darío, en su pobreza, no hubiera podido jamás adquirir"¹⁸.

Pedro Balmaceda abrió a Darío su hogar en el Palacio de la Moneda, y casi diariamente, cuando se lo permitía su precaria salud, en uno de los coches de la Presidencia, salía con su amigo nicaragüense para mostrarle la ciudad y sus hermosos alrededores. El poeta lo recuerda en el emotivo libro *A. de Gilbert*: "En las tardes de primavera, cuando aún el otoño con sus melancolías grises acaba de desaparecer, y los árboles hojosos de la Alameda, con traje nuevo, se enfloraban, acostumbrábamos ir al parque Cousiño, a proseguir nuestra incorregible tarea, de soñar y divagar. Ibamos en uno de esos coches que allá nombran "americanos" cerrados, mas con vidrios que dejan campo a la vista por todos sus cuatro puntos. Se le ordenaba al cochero ir paso a paso. Cada vez en el viaje teníamos cuadros e impresiones nuevas, ya en los lados de la Alameda, donde se estacionan los carruajes, transeúntes, vendedores de frutas con sus cestos, los de helados con sus botes de hoja de lata en la cabeza, cada cual canturreando su melopea especial; un fraile "rara avis", los brazos

¹⁸*El Viaje Literario*. Domingo Melfi. Nascimento. 1945. Págs. 105-106.

cruzados y la cara limpia al rape; una desgraciada, envuelta en su manto, dejando ver la faz llena de afeites; un florero que ofrece sus ramos frescos; o allá, siguiendo por la calle del Ejército Libertador, la fachada de las casas ricas; los carruajes particulares a las puertas; las lindas damas apenas entrevistadas en las rejas, o en los peristilos y entradas de los palacetes. Y entre todos estos, la morada de la millonaria señora de Cousiño, opulenta y envidiable, con su entrada elegante, sus alrededores florecidos, sus "panneaux" pintados por Clarin, sus retratos que nada tienen que envidiar a un interior parisiense, su comedor entallado y valiosísimo, y sus obras de arte, entre las que impera un Guido Reni, soberbio, desnudo inestimable. Y así, yendo a lo largo de la extensa calle, y tras dar vuelta a una plaza, torcer y pasar por la Artillería, llegábamos a las puertas del parque. A lo lejos veíamos la cordillera de Los Andes, y más cerca, los cerros que, coronados de nieve, semejaban, según una ocurrencia de Pedro, "una gran mermelada espolvoreada con azúcar". Describe enseguida, con su recamado estilo modernista, la elipse, las flores, los jardines y las glorietas del parque. "Caminábamos —prosigue— reíamos, pensábamos. En esos paseos fueron concebidos muchos cuentos, muchos versos. En esos paseos delineó Pedro en su mente, como con el clarión un pintor esboza en la tela, aquella página diáfana del "Camino del Sol" y aquel cuento blando y otoñal en que las palomas vuelan en el templo sobre el ataúd de la virgen difunta"¹⁹.

Fue en esta amable y generosa intimidad, donde Darío se familiarizó con las lecturas y gustos artísticos franceses de su amigo A. de Gilbert, y de los cuales se compenetró tanto que llegó a escribir su *Azul...*, primicia del Modernismo hispanoamericano, saturado de los libros y del ambiente elegante y oriental de Pedro Balmaceda.

Antes, Darío, presionado por su amigo chileno, publicó *Abrojos*. En los poemas de este libro, aunque no reflejan sino levemente el estro modernista, Pedro Balmaceda, con su intuición de crítico sagaz, supo descubrir "una poesía nueva": "Es Bécquer —dice— con el cielo de Sevilla; es un poco de Musset con la tristeza aristocrática del "faubourg" Saint Germain; es Leopoldo Cane, es Bartrina, es Heine, el gran poeta, el único que ha tenido el cielo entre sus brazos, el único que ha acariciado a los dioses, que ha vivido en el Olimpo, y que ha sufrido grandes contrariedades a la altura de su genio y de su desgracia. Darío, por temperamento, por escuela, tiene el vino

¹⁹A. de Gilbert ya citado. Págs. 364-365.

triste. Sus poesías son concebidas en otoño, con todos esos rasgos grises de la melancolía. Sólo de vez en cuando se descubren algunas características, algunas historias de besos, el poema de los labios con toda la frescura y delicadeza de la mujer”.

“Darío es el primer cantor de la nueva escuela que ha llegado a nuestras playas. F. Copée, A. Silvestre, Arene y todos los parnasianos del gran barrio de París, si comprendiesen español, dirían que Darío es un hermano. Tiene toda la gracia de esos elegantes escépticos, que aunque no creen en la vida, pasean con todo lujo, con espléndido traje”.

En esa crítica atisba la aparición de “una nueva poesía entre nosotros, es la virgen de los hielos, las rubias ondinas de los bosques de Alemania, que han emigrado a nuestro país”.

Los Abrojos son un nido de palabras encantadoras, una serie de cuentos, bosquejos de novelas, de dramas, sintetizados en bellísimas estrofas que caracterizan el perfume cálido de una nueva poesía que llega siempre en invierno²⁰. Anuncia la fama y la gloria futuras de Darío: “¿Para qué decir que la obra de Darío tendrá mucho éxito, muchos lectores? Se ha ido imprimiendo poco a poco, se le ha recitado “sotto voce” en las tertulias, después entre amigos”. Hoy todos dicen: “Darío”. Este es un gran triunfo. Por ahí comienza la gloria, tuteando²¹. No se puede vaticinar con mayor claridad a los 19 años. Este solo artículo asegura a Balmaceda su calidad de crítico genuino. Eduardo Solar Correa, al insertar en su *Antología de Escritores Chilenos* una página de este comentario de *Abrojos*, supo valorizar a su autor.

Pedro Balmaceda, enfermizo y agobiado por su desventura, dirigió con entusiasmo la impresión de *Abrojos*, hecha en la Imprenta Cervantes, con prólogo de Manuel Rodríguez Mendoza. Darío le llama “mi querido editor”. “Si Pedro no hubiese publicado el libro, los *Abrojos* no habrían sido conocidos. Yo no quería que vieses la luz pública por más de una razón²².”

Darío, en el capítulo de su breve libro sobre *A. de Gilbert*, “Pedro en la Intimidad”, muestra, con lujo de pormenores, el ambiente artístico tan esmerado en el cual vivía su protector y amigo, que inspiró algunas páginas de su obra señera. *Azul...* Se refiere a las continuas

²⁰*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 216.
ya citado. Pág. 216.

²²*A. de Gilbert*, ya citado. Pág.

²¹*Estudios y Ensayos Literarios*, 350.

visitas que hacía al hijo del Presidente en el Palacio de Toesca, a "hacer onces" (sic) en el día, a tomar té, en la noche", y enseguida describe el gabinete de Pedro: "¡Un pequeño y bonito cuarto de joven y de artista, por mi fe!; pero que no satisfacía a su dueño".

"El era apasionado por los "bibelots" curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japonerías, por los bronces, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un recinto quien es el poseedor y cual su gusto. Paréceme ver aún, a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá acuarelas y sepias, regalos de amigos y pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca lleva un mudo y triste remador, y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados". . .

"En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la *Nouvelle Revue* y la *Revue de Deux Mondes*. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pomeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable". "Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda".

"Había una puerta que daba a las salas de la familia, y otra opuesta que llevaba a una pequeña alcoba".

"Junto a esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadro de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras viejas se leía en él, Liberté, Egalité y Fraternité". "Era un pasaporte del tiempo del Terror. Sobre una repisa, entre varios "bibelots", sobresalía una quimera de porcelana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas"²³.

Durante el año de 1887, algunas veces tarde a tarde, otras noche a noche, Balmaceda recibía a Rubén Darío en su cuarto oriental de

²³A. de Gilbert, ya citado. Pág. 351.

la Moneda. Conversaban hasta las 12, y, no pocas veces, ponía fin a ese diálogo literario y artístico un recado de doña Emilia de Toro Herrera, madre del joven: "ya es hora que te duermas". Darío descendía la escalera del Palacio, cruzaba las viejas puertas claveteadas, y, como cuenta el poeta, un "¡fiel y viejo sirviente de la casa iba a acompañarme, allá lejos adonde yo vivía, a la calle de Nataniel!"²⁴.

Juntos soñaron, hicieron castillos en el aire, planearon viajes a París, Italia, España, y también al Oriente: a la China, al Japón y a la India. En Francia harían amistad con Armand Silvestre, Daudet, Catulle Mendès, escucharían a Renan en la Sorbona. Proyectaban escribir un libro "entre los dos" con "ilustraciones de Emile Bayard, o del ex chileno Santiago Arcos".

En este ambiente refinado donde se rendía culto a la belleza literaria y artística y se admiraba a los nuevos valores de la poesía simbolista y parnasiana, entusiasmó a Rubén Darío y le convirtió en el renovador audaz de la lírica hispanoamericana. Eduardo Solar Correa cree que el "apuesto, sito en el Palacio de la Moneda, fue —puede decirse— la cuna del Modernismo. Allí tuvo acaso su revelación el gran poeta nicaragüense"²⁵.

A. de Gilbert no sólo escribía en *La Epoca*, en *Los Debates*, y en *La Tribuna*, estudios y artículos de crítica de arte, teatro y literatura, de política y cuentos modernistas; también cultivaba en ese tiempo, las bellas artes: Ernesto Molina le "enseñó a dibujar al lápiz y a la pluma y le dio algunas lecciones para la combinación de los colores que se emplean en la pintura al óleo". En las vacaciones de 1888 pintó marinas y paisajes, "que si eran defectuosos como estudio de la perspectiva, revelan sus magníficas cualidades de colorista". Nicanor Plaza lo inició en la escultura: modeló en greda la cabeza del "Diógenes" de Puget y "un pequeño bajorrelieve que representaba la "Libertad" de Ceribelli". "Dibujaba, pintaba y esculpía como un aficionado de talento y esperanza". La música no le era extraña: ejecutaba en el piano, con "refinado gusto, trozos de "Carmen", "Mignon", "Gioconda", "Hebrea", "Aída" y otras partituras". Cantaba con voz afinada, pero de poco volumen²⁶.

La estrecha amistad de los dos mozos tuvo un brusco revés: Pedro Balmaceda, en carta a Narciso Tondreau del 7 de marzo de 1888,

²⁴A. de Gilbert, ya citado. Pág. 353.

lar Correa. Imp. Universitaria. 1932. Pág. 230.

²⁵Escritores de Chile. Siglo XIX. Selección y Notas de Eduardo So-

²⁶Prólogo ya citado. Pág. 24.

contaba que "Darío escribía en contra de su padre, es decir en contra mía". Por su parte el poeta nicaragüense confiesa en *A. de Gilbert*: "Yo no le volví a ver desde mediados de 1888. Además, acaecimientos penosos nos separaron. Nuestra amistad fraternal tuvo una ligera sombra. A ella *contribuyeron* situaciones que me hicieron aparecer ante él como "sirviendo intereses políticos contrarios a los de su padre", "rápidos relámpagos de carácter, y, sobre todo razones que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad. No estreché su mano al partir"²⁷.

A propósito de estas palabras de Darío, Eugenio Orrego Vicuña, hijo de Luis Orrego Luco, compañero e íntimo amigo de los dos escritores enemistados, recuerda que el poeta extranjero se vio obligado a colaborar en el "terreno puramente literario en *La Libertad Electoral*, diario de oposición, en que se atacaba duramente la política del Presidente Balmaceda"²⁸. "Pedro, que se interesaba en los asuntos de política nacional por amor a su padre, creyó ver en la actitud de su amigo, que sólo buscaba la conquista del pan de cada día, un gesto inamistoso, una actitud que venía a echar sombras sobre la pura y estrecha afección que los unía, y como era grande la amistad que tenía a Rubén, se sintió tan lastimado, que ya no tornaron a verse"²⁹.

Uno de los hermanos menores de Pedro, José Manuel, contaba que el origen del disgusto entre los amigos inseparables, había sido el mismo que refiere Armando Donoso en *Rubén Darío en Chile*³⁰. A medida que avanzaba su enfermedad y sentía más próxima la muerte, el carácter de Pedro se tornaba muy susceptible, irascible y violento, y se dejaba dominar por "femeninos rencores". Un día rompió con Rubén Darío "porque al descender los peldaños de una escalera, Rubén dio un tropezón violento, y, tratando de buscar donde asirse, tuvo la mala fortuna de colocarle la mano en la espalda a Pedrito. ¿Creyó éste que Rubén se valía de un pretexto para tocarle la corcova, siguiendo aquello del adagio popular de quien toma la joroba del

²⁷*A. de Gilbert*, ya citado. Págs. 397-398.

²⁸Eugenio Orrego Vicuña estaba equivocado: el diario en que escribía Balmaceda era *El Heraldo*.

²⁹*Anales de la Universidad de Chile*. Homenaje a Rubén Darío.

Año xcix. Primer Trimestre de 1941. Nº 41. Tercera serie.

³⁰José Manuel Balmaceda Toro recordaba perfectamente a su hermano Pedro, diez años mayor que él, y de quien recibió muchas muestras de cariño; y a Rubén Darío que día a día visitaba la Moneda.

jobado alcanza buena fortuna? Así pareció justificarlo su ira violenta e inmediata contra el poeta, que también hilaba delgado en los fueros de su orgullo, para no sentirse ofendido ante aquel incomprensible exabrupto. Desde ese momento Rubén y Pedro Balmaceda no se volvieron a ver ni a tratar³¹.

Raúl Silva Castro, al recordar el rompimiento entre Darío y A. de Gilbert, dice que "El desconocido incidente que separó a los dos escritores queda envuelto en penumbras, y ninguna de las explicaciones puede satisfacer al curioso"³². Renglones más adelante atribuye el origen de "aquel incógnito suceso" a "la irritabilidad de los caracteres de ambos mozos, no por maldad ni por sequedad de corazón, sino porque el artista vive entre caprichos y suele tomar por realidad la ilusión y dar proporciones de montaña a lo que no pasa de ser grano de arena. De todos modos, el incidente que distanció a los dos jóvenes ha debido producirse después de enero de 1888, ya que en esta fecha el poeta escribía en el álbum de Elisa Balmaceda Toro³³, la poesía, "La lira de siete cuerdas", que hubo de quedar inédita hasta 1938"³⁴.

No le falta razón al crítico, uno de los pocos que ha sabido apreciar a Pedro Balmaceda. Sin embargo, creo que Pedro se molestó con su amigo, por causa de su carácter irascible, pero porque colaboró en la prensa opositora para ganarse el pan. Así lo atestiguan la carta de marzo de 1888, citada por Eugenio Orrego Vicuña, y la propia confesión de Darío en *A. de Gilbert*. Mas, como afirma el poeta, esas colaboraciones en *El Heraldo*, "contribuyeron" al rompimiento; pero la causa inmediata del enojo definitivo de Pedro Balmaceda, fue aquella actitud inofensiva de Rubén Darío que, para evitar una caída, "tuvo la mala fortuna de colocarle la mano en la espalda a Pedrito". Si hubiese roto con él sólo por las colaboraciones en *El Heraldo* habría sido hilar muy delgado; lo más probable es que la ruptura definitiva se produjo cuando Rubén Darío, indeliberadamente, sin pensar en la susceptibilidad de su amigo, le colocó la mano en la espalda para librarse de una caída. Que ambos silenciaran el verdadero motivo de la enemistad y aludieran sólo a la más remota, la de las colaboraciones en *El Heraldo*, se lo explica muy atinadamente Armando Do-

³¹Rubén Darío en Chile, ya citado. Págs. 53-54.

³²Raúl Silva Castro. Obra citada. Pág. 157.

³³Raúl Silva Castro. Obra citada. Pág. 157.

³⁴Raúl Silva Castro. Obra citada. Pág. 157.

noso: “¿Tal vez encontró el poeta demasiado grotesca la verdadera causa de su ruptura con Pedrito que, sin embargo, resulta más humana y comprensible que las razones políticas en quien jamás supo nada de ella, ni participó de sus mezquinos enredos, hasta resolverse a silenciarla en cambio de una explicación mucho más singular”³⁵, sobre el fundamento de un hecho verídico que recordaban los propios hermanos y parientes de Pedro Balmaceda.

Cuando el poeta publicó *Azul...*, en julio de 1888, influenciado por el ambiente artístico de A. de Gilbert y la escuela modernista fundada en Chile por nuestro escritor, ya ambos niños prodigios se habían distanciado para siempre.

Según declara Rubén Darío en la *Historia de mis Libros* “su penetración en el mundo del arte verbal francés no había comenzado en tierra chilena”, sino en San Salvador, y en opinión de algunos de sus biógrafos, posiblemente cuando era empleado en la Biblioteca Nacional de Managua. Hay en las mejores páginas de *Azul...* un notable “amor al lujo y a la opulencia”, que, como dice Raúl Silva Castro, se transparenta en cuentos y cuadros. Parecía previsible que el ambiente oriental de la habitación de Pedro Balmaceda Toro dejaría una huella perceptible en Darío; he aquí en fin, los ornamentos chinos y japoneses evocados en una página maestra de “El Rey Burgués”: “¡Japonerías! ¡Chinerías! por lujo y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Crespo: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla y como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones y que llevan arcos estirados y manojos de flechas”.

“Hay en el libro —prosigue Silva Castro— otras referencias al mismo tema, pero basta lo reproducido para ver lo que llamamos más arriba la influencia de Balmaceda, que en Darío no es textual, porque

³⁵Rubén Darío. Obras de Juventud. Pág. 54.

la escasa obra escrita del chileno no lo habría permitido, sino influencia de ambiente, que dejó huella para siempre en el alma plástica del poeta nicaragüense. Bien puede asegurarse que es la fantasía la que domina en este libro juvenil, de tan brillante historia en las letras castellanas. Si no lo ha probado el fragmento que acabamos de copiar, podría atestiguarlo este otro, tomado de "El Rubí": "en los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lapislázuli, formaban caprichosos dibujos, como dos arabescos de una mezquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalactitas, las esmeraldas esparcían sus resplandores verdes y los zafiros, en amontonamientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejaban grandes flores azules y temblorosas"³⁶.

Rubén Darío, a pesar de que Balmaceda se disgustó con él para siempre y por motivos tan pueriles, nunca olvidó a su buen amigo de Chile. Apenas fue sorprendido por la noticia de la muerte de Pedro en San Salvador, el poeta escribió un breve libro sobre él, en cuyas páginas emocionadas se siente latir el corazón agradecido del nicaragüense, que hasta el fin de su vida demostró un invariable y sincero amor por nuestra tierra y sobre todo por el joven escritor chileno de quien recibió poderoso estímulo al comenzar la carrera literaria en la cual lograría tanto renombre.

Darío cree que Balmaceda no amó jamás a una mujer "de carne y hueso". "Aquella adolescencia —dice— parecía tender sus alas a lo desconocido y misterioso". La única novia de A. de Gilbert, según Darío, "era una Bianca Capello", de "tierra cocida que a la vista semejaba un bronce"³⁷. La había modelado el mismo Balmaceda.

¿De dónde sacó Armando Donoso que A. de Gilbert "dos días antes de irse para siempre, él que había soñado con el arte y el amor, suplicaba como única gracia que le fuese llevada hasta su lecho la mujer que había amado con todo el calor de su corazón de veinte años y que algún tiempo después, ¡amarga ironía! fue la esposa de uno de sus mejores amigos?"³⁸. ¿Sería ésta aquella Rosa, a quien "amaba fraternalmente" y para la cual pidió a Rubén Darío que le hiciera un madrigal?"³⁹. Raúl Silva Castro, erudito ciento por ciento,

³⁶Raúl Silva Castro. Obra citada. Págs. 263-264.

³⁷A. de Gilbert. Págs. 358-359.

³⁸Rubén Darío. Obras de Juventud. Pág. 55.

³⁹A. de Gilbert. Pág. 357.

siempre bien informado y deseoso de hacer justicia a A. de Gilbert, al referirse al cuento de Darío "La Muerte de la Emperatriz de la China", aparecido en la 2ª edición de *Azul*...⁴⁰, cuyo héroe principal es sin duda Pedro Balmaceda, dice que: "En el cuento se desliza un drama de celos, que según sabemos no calza a la vida de Balmaceda, en la cual no cupieron intensas pasiones de la carne, pero él permite a Darío ensayar una curiosa enumeración de mujeres, en donde no es forzado ver sendos retratos de jóvenes chilenas de quienes entonces pudo tener noticias muy directas, a través de los relatos de sus amigos"⁴¹.

Emilio Rodríguez Mendoza, en la ya citada novela *Ultima Esperanza*, urde una trama fabulosa, en la cual aparece Pablo, principal protagonista de la obra, enamorado de una mujer hermosa, pero casada, parienta suya, de la cual también está prendado Nadal, su padre, "un grande hombre". Este héroe, por la forma como lo presenta el novelista, no es otro que Pedro Balmaceda Toro. Está sacado de la más viva realidad: "un artista, un cincelador de frases, un Goncourt pequeñito, enfermo, condenado a muerte por algo que iba comprimiéndole el corazón que iba siendo apretado como entre las manos de una mujer bonita"⁴². El autor confiesa que le tentó el "caso". Nadal, el Presidente Balmaceda, al preguntarle a su hijo cuál era el motivo de una salida intempestiva en tan mal estado de salud, éste le reveló el secreto del patético drama. El "grande hombre", indignado, le lanzó este terrible anatema: "¡Me has traicionado!... ¡Has sido infame y criminal conmigo!... ¡Yo no soy ya tu padre!..."⁴³. La trama y el desenlace de *Ultima Esperanza* son una pura fantasía, inverosímil e incongruente que estrangula la verdad, porque las relaciones entre padre e hijo fueron siempre las mejores: Ambos se admiraban, así lo demuestra la carta del Presidente Balmaceda a su hermano Elías.

Es cierto que Pedro vivía como un solitario en la Moneda; sus padres, asediados por múltiples compromisos sociales y políticos, no se comunicaban mucho con él; sin embargo nunca mermó su entrañable amor filial; siempre hizo causa común con el autor de sus días,

⁴⁰*La Muerte de la Emperatriz de la China*, aparecida en la 2ª edición *Azul*... Guatemala, 1890.

⁴¹Raúl Silva Castro. Obra citada. Págs. 148-149.

⁴²*Como si fuera ahora...* Emilio Rodríguez Mendoza. Nascimento 1929. Pág. 37.

⁴³*Ultima Esperanza*. Obra citada Pág. 82.

y uno de los motivos del disgusto con el mejor de sus amigos, Rubén Darío, fue precisamente la simple colaboración del poeta en un diario enemigo de su padre. El Presidente, la señora Emilia Toro y toda la familia cuidaron al hijo enfermo, en sus últimos días, con extraordinaria solicitud.

Por otra parte, el Presidente, en una carta, hasta ahora inédita, enviada a su hermano Elías tres días después de la muerte de Pedro, muy adolorido por la desgracia, dice: "Sea Dios bendecido e inclinémonos en presencia de sus secretos designios. ¡Pobrecito de mi corazón! *no me dio penas, ni trajo amarguras a mi hogar, ni molestó a nadie* y lo poco que vivió fue *para dignificarse* y dejar una huella que ha despertado las más vivas simpatías en toda la sociedad de Santiago"⁴⁴.

Así se explica que Emilio Rodríguez Mendoza fuera "agredido a mano armada por un señor que, a pesar de lo precipitada y oportuna de mi retirada, por poco me deja en el campo..."⁴⁵.

La muerte estaba en acecho de Pedro; pero el artista consumado logró convencer a su padre para que encargara a Francia las carrozas a la Daumont. El mandatario, que también era hombre refinado, siguió el consejo del vástago, y los coches para la Presidencia llegaron al país poco antes de que el joven abandonara este mundo. Armando Donoso cuenta que iba cada mañana a la elipse del Parque Cousiño a "presenciar y dirigir en persona el amaestrar de los troncos que arrastrarían las magníficas carrozas, y el aprendizaje de los postillones". Mientras observaba distraído las "avezadas maniobras" se le "vino encima un piquete de caballería"; y "presa del pánico más imprevisto echó a correr desesperadamente, hasta ganar la linde de la elipse". "Su ya gravísima dolencia cardíaca se agravó inmediatamente, siendo suficiente esa impresión y ese imprevisto desgaste de energías, superior a sus fuerzas, para que precipitara su muerte poco más tarde"⁴⁶.

La vida de Pedro se consumía entre los sueños del artista y los mil proyectos literarios que se frustraban, "y esos crueles insomnios

⁴⁴Carta inédita del Presidente de la República José Manuel Balmaceda, escrita el 4 de julio de 1889.

Pág. 39.

⁴⁶Rubén Darío en Chile, ya citada. Pág. 55.

⁴⁵Como si fuera ahora, ya citada.

que nos hacen desfallecer, miedos nocturnos como los que tienen los niños, ahogamientos que no le dejaban en paz"⁴⁷.

No se dejó vencer por la tristeza, ni lo invadió la desesperación, aunque se sabía condenado a muerte. Su padre, en la carta ya citada, dice al recordar los últimos días de Pedro: "Alegre en cuanto pasaban los instantes agudos de su enfermedad, era encantador aun en la víspera de su muerte. ¡Qué chispa, qué vitalidad, qué bondadosa hilaridad la de aquel niño!". El joven escritor y artista era creyente y cristiano: Manuel Rodríguez Mendoza, en el prólogo del libro póstumo de Balmaceda, recuerda estas palabras de su amigo: "Desprecio tanto a los fanáticos como a los escépticos; pero me explico mejor la sinceridad de los que dedican largas horas a la satisfacción de sus deberes religiosos, que la audacia de los que afirman que se puede vivir sin pensar en un Ser Supremo. Yo no pretendo —continuaba— darme cuenta exacta de la Divinidad; me limito simplemente a no erigir altares a la materia, a no confundir el destino con la fatalidad, a pensar y creer en "Algo" —ley, principio o poder— que, en su mismo misterio, en su misma impenetrable oscuridad, me explica, sin que puede definirlo, la razón de ser de cuanto existe en el Universo".

"La materia, repetía en esa ocasión, es mezquina, impura; y, sin embargo, hay quienes creen en la inmortalidad de la materia. Yo que rindo culto a las más grandes obras del ingenio humano, debo sentirme inclinado a creer en la inmortalidad del espíritu"⁴⁸.

El "Dulce Príncipe", el muchacho bondadoso, amable, de maneras delicadas, aunque agriado su carácter por la enfermedad, no quiso emprender el viaje sin llenar primero su lámpara para que ella le alumbrara el camino de la luz y de la paz. Quizás fue "uno de sus mejores amigos", ese "ilustrísimo personaje", el obispo Florencio Fontecilla, o el compañero de su padre Fr. Raimundo Errázuriz, quien llenó la lámpara de su espíritu con divino aceite.

"¡El hombre! Como la hierba sus días/ como la flor del campo, así florece;/ pasa por él un soplo, y ya no existe:"⁴⁹. Así tan breve, como la flor silvestre, fue la vida de Pedro Balmaceda Toro, extinguida el 1º de julio de 1889, a los 21 años de edad. "Ha muerto feliz —manifestó junto a su tumba— uno de sus mejores amigos, Luis Orrego Luco, rodeado de los suyos que lo amaban *entrañablemente*; ha muerto *sin sentir las aflicciones morales de la vida, sin ambición*

⁴⁷A. de Gilbert, ya citada. Pág. 397.

⁴⁸Prólogo, ya citado. Pág. 14.

⁴⁹Ps. 102. Biblia de Jerusalén.

alguna, sin haber hecho mal a nadie. ¡Hermoso y envidiable término que muy pocos alcanzan!”.

“Los hombres pasan y sólo queda su obra, que es documento, que es un pedazo de su vida”, escribió Balmaceda en su ensayo “La Novela Social Contemporánea”, y esta frase suya está grabada en su tumba.

El Presidente José Manuel Balmaceda, agobiado por la porfiada hostilidad del Congreso que llevaba al país a la más sangrienta y estéril revolución de nuestra historia, sufrió la pérdida no sólo del primogénito, sino también de aquel para quien —según lo expresa en la carta tantas veces recordada— se abría “un vasto horizonte y un hermoso porvenir. Tenía ya confianza en que de la segunda generación de mi padre habría algún vástago que ilustrara el nombre y mantuviera el lustre y prestigio de la familia. Pero todas estas esperanzas y estos consuelos en medio de las luchas de la vida, se han convertido en dolor y en una ausencia que destroza el alma”.

*

Ya es tiempo de decir algo acerca de la producción literaria dispersa de Pedro Balmaceda Toro, recogida por su amigo Manuel Rodríguez Mendoza, a pedido del Presidente de la República José Manuel Balmaceda, para perpetuar la memoria del hijo bienamado.

Estudios y Ensayos Literarios fue publicado por la Imprenta Cervantes el mismo año del fallecimiento (1889), y lleva prólogo del mismo recopilador, fiel amigo del mozo tan prematuramente desaparecido.

Para valorizar la obra literaria de este autor, es necesario e indispensable tener presente su corta edad y la época en que escribió. En aquel tiempo la política absorbía a la juventud y eran muy pocos los muchachos que se dedicaban al cultivo de las bellas letras, porque si aún en nuestra época son poquísimos los escritores que viven de la literatura, si alguien hubiese pretendido hace ochenta años, vivir de la profesión literaria se habría muerto de hambre. La política permitía a los jóvenes hacer buenos negocios. Pedro Balmaceda, fuera de sus estudios de Derecho, por causa de su enfermedad y de su holgura económica podía consagrarse por entero a la literatura.

Todos los buenos conocedores de la vida literaria chilena están de acuerdo en que A. de Gilbert fue el primero de nuestros escritores nacionales que leyó a los literatos franceses contemporáneos, y el único que estaba suscrito a las revistas y diarios del viejo mundo. Poseía

escasas pero muy buenas obras de los escritores modernos, de sus predilectos los franceses parnasianos y naturalistas. En sus anaqueles estaban los libros de Silvestre, Zola, Flaubert, Balzac, Daudet, Saint Víctor, Mendès y de los Goncourt, sin distinción “de escuelas o de gustos”. Ellos eran el mejor consuelo en las crisis de su incurable mal. Manuel Rodríguez Mendoza recuerda, en el prólogo de *Estudios y Ensayos Literarios*, que su “escogida librería de autores contemporáneos”, era “la más valiosa que haya visto a ningún joven dedicado al cultivo de las letras”. “Nadie tampoco —asegura Eduardo Solar Correa— estaba mejor informado que él de la actualidad literaria europea”. Difícilmente se encontrará en toda hispanoamérica otro caso de precocidad literaria tan singular como la de este joven, que entre los 16 y los 21 años, escribió páginas de pasmosa erudición, en un estilo grave y poético hasta entonces desconocido aquí.

“Tengo conmigo —escribía desde Lota al poeta de *Azul*. . . — a Heine, Saint Víctor, Tolstoi, Goncourt y otros más. ¡Mira qué corte! Ni Luis xv”. “Su erudición literaria y la certeza de su juicio pasman realmente cuando se piensa en sus cortos años. Poseía varios idiomas modernos, comenzaba a iniciarse en la lengua griega y hasta el dialecto mapuche despertaba sus curiosidades. Pero no pudo ir más allá con ese organismo delicado, sensible, frágil, como una mariposa”⁵⁰. Era un lector infatigable: formó su cultura y el estilo en los mejores autores clásicos y modernos con los cuales se familiarizó desde los 14 años. Era exigente consigo mismo: jamás estuvo satisfecho de lo que escribía: a este propósito cuenta Rubén Darío: “un día le encontré desilusionado por su estilo”. “¡Nol No es eso lo que yo deseo”. “¡Basta de novelitas de Mendès, de frases coloreadas, de hojarasca de color de rosa! El fondo, la base, Rubén: eso es lo que hay que ver ahora. Leeremos a Taine, ante todo. Nada de naturalismo. Aquí a Buckle. A Macaulay es preciso visitarle con más frecuencia. Caro, el francés, y Valera el español, servirán de mucho. Déjate de pájaros azules”⁵¹.

Lo que Balmaceda pretendía, a los 19 años, era escribir estudios serios; estaba convencido de que los cuentos concebidos entre los 17 y 19 años valían poco o nada; y tenía razón: son la parte más débil de su producción literaria.

⁵⁰Eduardo Solar Correa. *Escritores de Chile*, ya citado. Págs. 228-229.

⁵¹A. de Gilbert, ya citado. Pág. 365.

Como dice Domingo Melfi, A. de Gilbert era un "extraño niño grande". Acerca de su obra literaria de tan precoz ingenio, el mismo Melfi ha emitido un juicio muy acertado: "De él queda un libro magnífico para sus cortos años, recogido por amigos fieles, de entre lo mucho que escribió en diarios y revistas, titulado: *Estudios y Ensayos Literarios*. Una promesa en la que maduró con asombro de todos, la pasta de un escritor fino, agudo, original, dueño a esa temprana edad de una luminosa cultura literaria"⁵².

Eduardo Solar Correa reconoce en A. de Gilbert "un milagro de precocidad".

Estudios y Ensayos Literarios fuera del prólogo de Manuel Rodríguez Mendoza, tiene seis partes: cinco contienen una selección de la obra del malogrado joven, y la sexta inserta el juicio de la prensa, el homenaje del Ateneo y los discursos y composiciones poéticas, dedicadas al escritor con motivo de su muerte.

El proemio de su fiel compañero Rodríguez Mendoza es un elogio del hombre y de su labor literaria y artística. En el estilo, un poco adocenado de fines del siglo XIX, cuenta la vida del amigo inseparable: recuerda su facilidad para la lengua francesa, sus estudios literarios tan precoces; los profundos conocimientos de las literaturas antiguas y modernas; de las bellas artes y de la arquitectura y arqueología. Y todo esto a los 18 años de edad, sin haber salido jamás del país y con una salud muy precaria.

Reconoce las inclinaciones de A. de Gilbert a las cosas del espíritu, y su creencia en la inmortalidad del alma; pero declara que se "sentía inclinado a aceptar los principios morales de Herbert Spencer que lógicamente conducen a la religión del deber", todo lo cual no se compadece con el espíritu profundamente cristiano de Balmaceda.

Atestigua enseguida la dedicación de su amigo al estudio del Derecho Internacional, Natural, Público y Administrativo y a la Economía Política. Conoció y profundizó las obras de los más renombrados tratadistas del Derecho. El Derecho Civil no le interesaba; desdeñaba la profesión de abogado.

El prologuista, que conoció bien el talento de su colega, declaraba: "La primera vez que le traté hube de quedar sorprendido de su precoz ingenio". "Era entonces un adolescente, que no podía tener más de diez y siete años".

Rodríguez Mendoza está de acuerdo con todos los contemporáneos

⁵²Viaje Literario. Domingo Melfi, ya citado. Pág. 107.

de Balmaceda acerca de su bondad y de sus anhelos de cambiar las estructuras sociales para evitar la mendicidad, los hogares miserables y las "desnudeces que el frío martiriza". Muchas veces cuenta el prologuista que vio a su amigo practicar el bien y la caridad.

Tenía, en efecto, una gran sensibilidad social, extraordinaria para la época ególatra e individualista que le correspondió vivir. El contacto con su padre, uno de los tres o cuatro Presidentes de Chile que más han trabajado por elevar el nivel de las clases media y proletaria de la República, le permitió interesarse, como el autor de sus días, en procurar una mejor condición social y económica para su patria.

Con rendida admiración reconoce en A. de Gilbert al artista genial, que se sentía atraído y fascinado por la belleza en todas sus manifestaciones, aficiones que están patentes en *Estudios y Ensayos Literarios*. Cree, como todos los conocedores del talento literario y artístico de Balmaceda, que "habría sido en pocos años un hombre de letras de reputación americana".

"Su talento e ingenio eran inagotables; y se manifestaban de igual manera, en la charla familiar, en sus cartas y en los artículos que daba a las columnas de los diarios"⁵³. Copia, enseguida, fragmentos de las últimas cartas recibidas de A. de Gilbert desde Viña del Mar, en las cuales comenta las obras modernas de literatura francesa, española e hispanoamericanas; algunas le merecen serios reparos; lamenta el fallecimiento de Miguel Luis Amunátegui, de quien era admirador, y finalmente comunica a Rodríguez Mendoza sus deseos de perfeccionar el estilo: "quiero escribir a lo Watteau, si es admisible esta manera de decir".

Para terminar, el prologuista recuerda que Balmaceda pensaba celebrar los 25 años de vida con la publicación de una o dos novelas, de un volumen titulado *Cuentos de Primavera* y de un estudio crítico de las principales galerías de pintura que existen en Santiago"⁵⁴. "Salvaron, sin embargo, del naufragio de sus esperanzas, las hermosas páginas de este libro y muchas otras que no se ha creído prudente publicar, pero que son de muchas conocidas y que señalan su carrera brillante de diarista"⁵⁵.

Alaba sus artículos de polémica política y los compara con los de Justo Arteaga Alemparte, por su "laconismo", "frase nerviosa" y "argumento inesperado".

⁵³Prólogo, ya citado. Pág. 29.

⁵⁵Prólogo, ya citado. Pág. 37.

⁵⁴Prólogo, ya citado. Pág. 37.

La primera parte del libro contiene tres breves ensayos críticos sobre *Hamlet*, *Otello* y *Romeo y Julieta*. En ellos se advierte no sólo un extraordinario dominio de la producción dramática de William Shakespeare, sino también una cultura ecuménica y una habilidad sorprendente para manejar con primor y elasticidad la lengua vernácula. Es un caso singular de precocidad literaria que no tiene parangón ni con la muy excepcional de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Es un decidido admirador del dramaturgo inglés, a quien comprende porque a Balmaceda la vida le deparó también muchas amarguras. ¡Qué espíritu de observación tan agudo y qué memoria tan prodigiosa la de A. de Gilbert! El lector queda perplejo ante las atinadas comparaciones del crítico de 18 años que es capaz de distinguir exactamente las interpretaciones que hicieron de *Otello* los diversos artistas y actores para cotejarlas con las de Emanuel. En el comentario sobre la interpretación hecha por Emanuel de *Romeo y Julieta*, no es menos competente y certero que en las dos anteriores acerca de *Hamlet* y *Otello*: "La señorita Reiter y el señor Emanuel desempeñaron los principales papeles. En este drama, en que la frase misma de la traducción, tiene toda la cadencia y la armonía del verso, es muy fácil desplegar todas las inflexiones de voz, todos los matices, todo el colorido que requieren aquellos pensamientos primaverales, ardientes como el sol de Italia. El artista se encuentra en plena posesión de sus facultades, su voz se adapta a la ternura, al dolor, a los gemidos desesperados, a las escenas de cariño, en que el labio murmura y acaricia, a los momentos extremos de la agonía de la muerte. Aquellos períodos líricos suenan como notas de un canto lejano; los trinos de la alondra se confunden con los susurros del viento. . ."56.

Hay algo más aún: A. de Gilbert cita oportunamente a San Agustín, a Sainte-Beuve, y evoca el *Cantar de los Cantares*; todo esto con la mayor naturalidad, como el más experimentado humanista.

Ante tal crítico de teatro, uno se ve obligado a discutir con Rubén Darío, quien en A. de Gilbert afirma sin reticencias que su amigo "en sus revistas teatrales era menos feliz; es cierto que eran escritas al galope, a vuela pluma, a veces en la misma noche de una representación, para el diario del día siguiente". Las tres notas ya comentadas y otras aparecidas en los diarios de la época, contradicen la ligera opinión del poeta: no están escritas "al galope", ni "a vuela pluma", sino con mucho cuidado y madura reflexión.

⁵⁶ *Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 32.

En la segunda parte de la obra se recogen cinco artículos de crítica de arte. En los dos primeros se refiere a los salones de pintura de los años 1886 y 1888, en el tercero a los cuadros de Alberto Orrego Luco, en los otros a la escultura, a la estatuaria y al último salón de París. Son de una madurez y equilibrio impropios de un "niño grande" como el autor. Ellos revelan que sus apreciaciones acerca del arte pictórico, y de la escultura y estatuaria, son el fruto de serios estudios y de un innato y refinado gusto artístico. El conoce la técnica de los pintores y las tendencias de las nuevas escuelas y por eso no teme manifestar sus opiniones con firmeza, sin vacilaciones. Les dice la verdad a los pintores José Tomás Errázuriz y Pedro Lira; al primero le encuentra "talento para los bosquejos"; pero es incorrecto incoloro el dibujo; le desagrada su tendencia europea de colorearlo todo de azul. El pintor Lira es el polo opuesto de Errázuriz, le gusta el colorido gris. Balmaceda acepta las nuevas escuelas de pintura, los nuevos descubrimientos y las audacias impetuosas, pero rechaza "la tendencia desgraciada que tiende a suprimir los tonos en vez de aumentarlos, que empequeñece la graduación del arco iris". A Ramón Subercaseaux "lo coloca por encima de todos" los pintores de su tiempo, lo encuentra más natural y muy alegre. Las telas de Onofre Jarpa no le convencen mucho, porque atraído por la escuela impresionista, oscurece mucho el fondo para "dar mayor realce al primer plano".

Reconoce el progreso del arte pictórico chileno, los cuadros son "más originales", "hay menos copias". Dice que el arte chileno está influenciado por las escuelas europeas, "y más que por las lecciones de una escuela por las pequeñas intransigencias del sectarismo". "El Arte vive con el tiempo —expresa— se transforma con la sociedad; tanto en la historia como en el arte, se puede estudiar la fisonomía de una época cualquiera". Celebra la "tendencia colorista de los pintores chilenos, y el deseo de adaptarse a las necesidades del arte de la época". El arte cambia —dice— "no porque cambie la idea de la belleza" sino porque las aspiraciones e ideas del hombre son distintas en cada época, y las de 1888 no eran las mismas de 1868. Las aspiraciones e ideas del hombre avanzan según el progreso de las ciencias y de la técnica. Proclama sin ambages la evolución en el arte, para lo cual es necesaria "la independencia absoluta del artista". "Nada más estéril —decía en 1888 este crítico visionario de 20 años— que los preceptos consagrados de antemano para una producción cualquiera; las ideas preconcebidas matan el vuelo libre de la inspiración y apagan

la naturalidad desenvuelta de la juventud". Esto dicho hoy, no tendría novedad, pero hace 80 años era realmente algo insólito⁵⁷.

Reclama la formación de la escuela chilena de pintura; para Balmaceda no había pintores nacionales auténticos porque faltaban la originalidad y el vuelo del artista.

En los cuadros de Alberto Orrego Luco ve "la nota personal, propia. Mancha con una gracia infinita, y todos sus bosquejos, casi sin excepción nos dan a conocer un espíritu delicado"⁵⁸.

En *Los dioses que civilizan* ridiculiza el patriotismo chileno, y sarcásticamente dice que para algunos la "vida no es más que una perpetua cancional nacional, cantada en todos los tonos imaginables, pero sin acompañamiento de música". Habla enseguida del espíritu "bochinchero" del chileno: "le gustan las riñas, las bofetadas, la sangre" y por ello admira la estatua de O'Higgins y los demás monumentos públicos, muchos de los cuales tienen "la majestad vanidosa que encanta al vulgo, y que es sólo el resultado de la mala educación artística, pues nuestros hombres de bronce y mármol tienen fisonomías altaneras, provocadoras... y eso le agrada, eso le deleita, y si las gentes hacen algunas reflexiones al estudiarlos, cuanto más exclamarán: "¡Vaya, hombre! ¡qué bueno debería ser Carrera para las bofetadas!" —"¡Qué bien monta O'Higgins! Ese sí que sabía andar a caballo!...⁵⁹.

Escribe sobre los escultores y el difícil arte de la estatuaria. Recuerda la frase de Nicanor Plaza: "Las estatuas perfectas son como la felicidad: se hallan rara vez"⁶⁰. Para A. de Gilbert, Plaza era un gran escultor, un discípulo de los griegos, "un hombre de letras, sin pluma".

Concluye que las "obras de arte son una enseñanza"; sin embargo, aún en nuestra época, aquí "tenemos miedo a las estatuas hermosas"⁶¹. Se burla del monumento Colón "que se hiela de frío en su columna, y que parece una ironía histórica", hasta "la misma estatua de Serrano en Valparaíso, que no es otra cosa que un tenor que canta el "Madre infelice", no poseemos una sola obra de arte"⁶². ¡Qué diría hoy, Bal-

⁵⁷*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado Pág. 74.

⁵⁸*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 85.

⁵⁹*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 89.

⁶⁰*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 91.

⁶¹*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 96.

⁶²*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 96.

maceda, de la estatua de su padre! El Presidente se asemeja a un loco con camisa de fuerza, huyendo de un incendio en el manicomio.

Termina esta segunda parte con un comentario sobre los artistas chilenos en el último salón de París, hecho a través de la lectura de los catálogos ilustrados venidos de la capital de Francia, y por lo mismo de relativo valor crítico. Celebra las obras de los exponentes: Virginio Arias, José Tomás Errázuriz, Alfredo Valenzuela Puelma, y lamenta la ausencia de las obras de Alberto Orrego Luco, Onofre Jarpa, Ramón Subercaseaux, Nicanor Plaza y Ernesto Molina, su profesor.

La parte más débil de *Estudios y Ensayos Literarios* es la tercera: fuera de una que otra nota, estos artículos carecen de interés permanente; son de esos que pasan sin dejar huella; no tienen trascendencia, y bien pudo omitirlos Manuel Rodríguez Mendoza. *La Semana en Santiago* comenta los sucesos acaecidos en la capital en los últimos días de enero de 1887. "París-Santiago" y "París raro", son noticias de la urbe francesa relacionadas con nuestro país, publicadas con el seudónimo de Jean de Luçon; en ellas campea la fantasía del poeta modernista.

En la cuarta parte se insertan dos ensayos: "La Religión en el Arte" y "La Novela Social Contemporánea" que es uno de los mejores estudios críticos realizados por el autor.

En el primero prueba, con excelentes argumentos, la íntima relación existente entre "los principios religiosos y los principios artísticos".

Al comentar que en Rusia "la religión, el principio de gobierno, la organización política, la constitución de la sociedad emanan de la doctrina religiosa", critica duramente a los zares porque estos absorben a la religión y aniquilan "todo esfuerzo que no se produzca en el sentido de sus intereses o de la nobleza que la rodea". A este "cesaropapismo" atribuye el joven escritor el carácter "místico, supersticioso y carente de energía del pueblo ruso a fines del siglo XIX.

"Desde Dostoiewski hasta Tolstoi germina en todas las novelas lo que podríamos llamar la neurosis religiosa. Y aquel pueblo confunde en su literatura los movimientos políticos y las evoluciones sociales. El nihilismo comenzó con Turgueneff, que fue el primero que habló de esa palabra"⁶³. Esto dicho en 1889, 28 años antes de la

⁶³*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 141.

revolución soviética, y por un adolescente de 21 años, tiene un valor profético, sin precedentes.

Para Balmaceda, "el arte nace de la civilización", y en cada pueblo adquiere el modo peculiar de sus instituciones y de sus principios, y "mientras las antiguas religiones no vuelvan a enseñorear sus doctrinas, no volverán tampoco las artes de los griegos, de los romanos y de los árabes"⁶⁴. Renglones más adelante afirma una gran verdad: "la inmovilidad de los dioses es la negación del carácter primordial del arte contemporáneo: hoy el ideal es el movimiento, es la expresión, es la vida real en todas sus manifestaciones, en sus detalles infinitos. "¡Se van los dioses!" decía Enrique Heine. Con efecto los dioses se van... pero queda el hombre!". Dios es inmutable, es el Artista Supremo, el origen de toda belleza; pero el hombre, libre colaborador de Dios en las creaciones finitas, infunde al arte el carácter o la expresión de una época, y "muy especialmente de su religión", como afirma A. de Gilbert. "En cada pueblo —agrega— el arte tiene el sello propio, el color que le presta la religión dominante; el ideal artístico se modifica según el ideal religioso"⁶⁵.

Con sabiduría y cultura lindantes en lo fabuloso, el "niño grande" de 21 años habla luego de las antiguas civilizaciones de Grecia, India, "cuna del principio religioso", Egipto, y podría agregar ahora las viejas culturas americanas de los mayas y de los incas, de sorprendente riqueza mitológica, omitidas por Balmaceda en su estudio sobre "la Religión en el Arte".

Culpa al cristianismo de haber quitado al arte su expresión de vida, porque "el dogma católico, con sus principios religiosos, sus luchas, sus mortificaciones, sus dolores apasionados, cifraba la existencia de la humanidad en la vida futura aniquilando la energía del viejo arte que expresaba los goces de la vida mundana"⁶⁶. "Esta estagnación que alcanzaba e irradiaba a todas las manifestaciones intelectuales, trajo como consecuencia, por su misma tensión, un movimiento inverso, una resurrección pagana encabezada por los papas"⁶⁷. No le falta razón al muchacho portentoso, quizás sí, con menos dogmatismos, se hubiese atendido al hombre íntegro, creado por Dios con cuerpo y alma, tal vez se habría evitado el exabrupto renacentista, que olvidó

⁶⁴*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 142

⁶⁵*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 143.

⁶⁶*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 152.

⁶⁷*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 152.

la parte anímica y espiritual del compuesto humano, para rendir exagerado culto al cuerpo, a la materia.

La Iglesia jerárquica no desconoce que "en la unidad de cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador. No debe, por tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día"⁶⁸.

Mas aún, la doctrina católica sostiene y defiende la libertad humana, como la máxima expresión de su grandeza: La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la fuerza coacción externa"⁶⁹.

Balmaceda creía en la evolución del arte, y al final de su atrevido ensayo, escribe estas frases reveladoras de su gran visión de artista: "Mientras los hombres sigan empeñados en reducir todas las ciencias, todos los conocimientos al espíritu positivo e investigador, el arte seguirá con igual energía, con igual intensidad, reflejando todos esos cambios, todas esas variaciones que dan el sello al espíritu del siglo".

Goethe pedía para sí, luz, más luz. El espíritu moderno, termina el joven crítico, pide para el arte, verdad, más verdad"⁷⁰.

El estudio más completo, escrito por Pedro Balmaceda en agosto de 1887, es el que versa sobre "La Novela Social Contemporánea". Lo presentó a un concurso universitario con el seudónimo de Mario, a los 19 años y ya desahuciado por la ciencia médica.

Refiere Rubén Darío, en su *A. de Gilbert*, que su compañero y amigo, protector y guía literario, estaba desilusionado del estilo de sus cuentos, no le satisfacían esas "frases coloreadas, de hojarasca de color de rosa", con mucho de preciosismo. Como verdadero artista era exigente consigo mismo, un autocrítico riguroso, inquisidor. Se propuso entonces hacer un ensayo profundo que le demandara esfuerzo: "Estoy escribiendo un estudio serio, en que abandono "mi

⁶⁸*Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones.* Biblioteca de Autores Cristianos 1966. Pág. 277.

⁶⁹*Concilio Vaticano II. Constitu-*

ciones, Decretos, Declaraciones. Biblioteca de Autores Cristianos. 1966. Pág. 280.

⁷⁰*Estudios y Ensayos Literarios,* ya citado. Pág. 155.

estilo primitivo”, sobre el tema que ha propuesto la Universidad: “La Novela Social Contemporánea”. Y pienso sacarme el premio”. Darío, amigo de las frases deslumbrantes, quiso disuadirlo; no quería que Balmaceda “vistiera el levitón del precepto”. “Sé artista; no quieras ser sabio. Pinta y cincela”⁷¹. A. de Gilbert se proponía armonizar las dos cosas: erudito y artista. En esta memoria logró su deseo. En ella examina toda la producción novelística europea, rusa y norteamericana, después de haberla leído íntegra antes de los 19 años.

Su estilo es noble, severo, elevado, muy correcto y castizo, si se piensa en sus cortos años y la formación literaria francesa. Disiento de la opinión de Rubén Darío: no hallo en parte alguna de “La Novela Social Contemporánea” “ese manto de príncipe oriental y las empuñaduras de pedrería de sus armas de oro”⁷².

Entre todos los trabajos de Balmaceda conocidos por el poeta nicaragüense, el único que inserta en *A. de Gilbert* tal vez para probar, cuanto ha afirmado sobre el precoz talento literario de su amigo chileno.

El crítico se propone probar que la “Novela Social Contemporánea” servirá para conocer mejor la historia de una época. “Este es el tema que desarrolla —escribe Rubén Darío— cuya solución manifiesta magistralmente, después de recorrer, en revista un tanto detenida las diversas escuelas que hoy existen en el terreno de la novela”. “Mirad como escribía mi buen hermano”⁷³.

Divide el ensayo en diez pequeños capítulos. En el primero hay un breve preámbulo sobre el atractivo del tema en cuestión: “¿Podrá la novela social contemporánea servir en el futuro a la información histórica?”...

En el segundo capítulo expone que los “sistemas, procedimientos, escuelas, medio de acción han cambiado y tienen un valor distinto”. El novelista aprovecha todo: el hombre, la sociedad con sus grandezas y miserias, y “las generaliza el historiador formando la narración de los pueblos y las rudas epopeyas del trabajo”⁷⁴. La escuela realista en la novela estaba de moda en la época de Balmaceda, y él creía que ella reflejaba “las luchas y los triunfos del realismo”⁷⁵. El origen de

⁷¹A. de Gilbert, ya citado. Pág. 366.

⁷²A. de Gilbert, ya citado. Pág. 366. ⁷⁴Estudios y Ensayos Literarios, ya citado. Pág. 162.

⁷³A. de Gilbert, ya citado. Pág. 366. ⁷⁵Estudios y Ensayos Literarios, ya citado. Pág. 162.

este movimiento está “en las disenciones de la escuela clásica y en la gloria moribunda del romanticismo”.

En la tercera parte manifiesta que la escuela romántica perdió su prestigio, y de “entre los escombros”, surgieron Balzac, los Goncourt, Flaubert, creadores del realismo, ídolos de Balmaceda e inspiradores de su credo literario.

Balzac, en *La Comedia Humana*, estudia los caracteres, las pasiones, las necesidades del individuo, y demuestra que la vida del hombre está influenciada por el medio en que él nace, el círculo “en que se desarrolla su espíritu, la lucha constante del trabajo, y esos mil elementos desconocidos que contribuyen a formar el corazón, y que sin ellos, no podrían comprenderse las acciones ni los móviles que impulsa a la sociedad”⁷⁶. Dice A. de Gilbert que “la falta de recursos hizo a Balzac un filósofo y su desgracia un novelista”. Balzac ofrece a la historia un enorme material de observación. Después aparecieron Flaubert y los hermanos Goncourt. Considera más profundas las novelas de Balzac, pero reconoce que Flaubert fue más perfecto. Es un artista para pintar la depravación del hombre. En pocos años la novela francesa adquirió proporciones muy vastas.

En el cuarto capítulo dice que “los pueblos de clima templado son menos susceptibles de transformaciones sociales y políticas que los países donde el sol enardece el temperamento de los individuos, haciéndolos propensos a luchar por cualquier idea nueva. Este fenómeno comprobado por antiguos y modernos publicistas y por los historiadores de Inglaterra y Alemania, puede aplicarse a ambos países, en lo que se refiere a su literatura”⁷⁷.

La tesis es discutible; sin embargo no le falta razón a Balmaceda, y si no que lo diga la estabilidad política de nuestro país.

“Las costumbres severas —prosigue— han impreso al movimiento literario y artístico de Inglaterra el mismo sello de fría grandeza que corona sus instituciones sociales”⁷⁸. El joven crítico coloca a Dickens en un sitio preeminente entre los novelistas británicos.

La vida apacible de los ingleses “no puede menos que dar a las letras tranquilos escritores”⁷⁹.

Coteja la novela francesa con la británica: aquélla ha sido “si-

⁷⁶*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Págs. 165-166.

⁷⁸*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 172.

⁷⁷*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Págs. 171-172.

⁷⁹*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 173.

cológica, analizadora de caracteres, la inglesa ha llevado la observación interior hasta los últimos límites. No hay pintor igual a un novelista inglés”⁸⁰.

El breve capítulo v lo dedica a la novela española, rusa, norteamericana e italiana. Difícilmente un crítico experimentado podría, en tan pocas líneas, trazar un cuadro más completo y certero de la novelística hispana como éste de Balmaceda, a pesar de su admiración por las letras francesas: “La escuela realista nació en España con el Quijote”, y “no existe país alguno que pueda ofrecer un conjunto más uniforme, más vigoroso y más constante de un movimiento literario con tendencias realistas. En España no ha habido transiciones literarias. Cervantes marcó el rumbo. ¿Y qué pueblo tiene una novela como *Don Quijote*, en la cual las costumbres de la época, los personajes que campean en la obra, sean más fielmente retratados?”⁸¹. Hay algo que el adolescente autor de este estudio no dice: en *Don Quijote* vibra y está redivivo el espíritu de la raza española. En historia alguna se encontrará, como en *Don Quijote*, el retrato más exacto de la vida y del alma de un pueblo. Dice Balmaceda que la novela en España “no ha sido trascendental”, aunque “lozana, fresca y magnífica de juventud”. Qué importa, si *Don Quijote* basta para inmortalizar la literatura imaginativa de un país y de una raza.

Se ocupa en seguida de las novelas rusa, norteamericana e italiana. Aquí están quizás los juicios más acertados de nuestro crítico, y es lástima que la falta de espacio no permita transcribir algunos párrafos: La novela rusa es la historia de un pueblo desgraciado, oprimido por el Zar; las obras “de Turgueneff y Pousckine, no son más que el poema de la nieve ensangrentada, los gemidos y las torturas de la multitud, la vida de la soldadesca, las cacerías de lobos, o amores en los cuales domina la nota fatalista y la implacable conclusión a la muerte”⁸². Tolstoi, “ha dado a conocer las costumbres de su país”.

“En Rusia no se puede soñar cuando las cadenas oprimen las manos del escritor. Necesariamente la pintura de estas tristezas debe ser el tema de los novelistas. Y la realidad espera, se impone cuando la acompaña el “memento” del látigo”⁸³.

⁸⁰*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 174.

⁸³*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 175.

⁸²*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 177.

⁸³*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Págs. 177-178.

Esta página se echa de menos en las antologías de literatura chilena; ella no parece escrita por un muchacho de 19 años. El lector más exigente queda asombrado ante la seguridad y destreza del juicio, el sesudo espíritu de síntesis y el cabal conocimiento de los novelistas rusos.

De las líneas consagradas a la novelística norteamericana e italiana, se advierte lo contrario: son superficiales, revelan que Balmaceda no se había familiarizado con los autores de esos países.

En seguida comenta que la novela realista no "es el esfuerzo de una sola persona, sino el resultado de una evolución generalizadora, que abarca todas las regiones del arte; no es tampoco antojadiza idea de unos escritores; y, muy por la inversa, es corolario de una cadena de hechos y de circunstancias que es menester tomar para juzgarla como se debe".

En el capítulo VIII se refiere largamente al influjo de las ciencias en la novela. Sostiene que es "una de las ramas literarias que más se acerca a la historia, y casi podríamos decir que ambas emplean el mismo sistema. La historia de lo particular deduce generalidades, y ensanchando hechos locales, cuya repetición es constante, llega a establecer conclusiones fundadas en estos hechos"⁸⁴. La novela proporciona a la historia, dice Balmaceda, "rasgos, incidentes, situaciones que escapan a la historia". La novelística según nuestro crítico necesita de sicología, de la filosofía, de la fisiología y de la medicina.

Para Balmaceda, la novela contemporánea reviste "una doble fisonomía, social y privada"; así lo manifiesta en la parte IX de su ensayo. La primera es amplia, no admite "medida alguna"; "su campo es tan vasto, como son las ideas, los gustos, las costumbres de la época". La novela personal o privada, estudia un solo tipo, y fue la que más perfección logró en los días del crítico chileno. Zola es maestro de este último género de novelas.

Termina el concienzudo ensayo, y establece que la novela "ha sido rama de la historia, y que, en otro tiempo, la historia y la novela se confundían en la narración de los acontecimientos, formando un solo grupo"⁸⁵. La novela ofrece al historiador las diversas "fases de la vida cambiante, mudable". Al preguntarse a sí mismo "¿qué novelas serán las que en el futuro puedan dar a conocer

⁸⁴*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 187.

⁸⁵*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 196.

nuestros tiempos?”, contesta con aquella frase que aparece esculpida en su tumba: “Los hombres pasan y sólo queda su obra, que es documento, que es un pedazo de vida”⁸⁶.

En la penúltima página dice que son los novelistas “quienes han bajado al fondo del pueblo, quienes han acercado la luz al foco de la miseria, pintando sus depravaciones, ese organismo que ignorábamos por completo, que nos asombra, y que viene formándose con el despojo de todos los tiempos”⁸⁷.

Hasta la época en que Pedro Balmaceda escribió este ensayo, los historiadores chilenos e hispanoamericanos sólo recordaban en sus obras los sucesos políticos y desconocían la novela como fuente o documento para contar la vida de un pueblo o nación. Fue Francisco Antonio Encina el primer historiógrafo nuestro que tuvo una visión más amplia de esta ciencia.

Se podrán discutir las teorías del autor de “La Novela Social Contemporánea, la ligereza de algunos de sus juicios, y hasta criticar la ausencia de la novela hispanoamericana en su estudio, pero nadie negará su originalidad, erudición y correcto lenguaje, si se atiende a la corta edad de Balmaceda.

La quinta parte de *Estudios y Ensayos Literarios* de A. de Gilbert, contiene sus artículos sobre *Abrojos y Románticos y Bohemios*; las semblanzas de Alberto Blest Bascañán y Bernardino Guajardo, la conferencia *Los Salones Literarios*, leída en el antiguo Ateneo de Santiago y algunos cuentos.

De *Abrojos* ya se habló al comienzo de este ensayo. En *Románticos y Bohemios* recuerda, entre otras cosas, que ni en los tiempos de la antigüedad clásica, los escritores vivían de sus libros, eran simples “amateurs”. “Si Horacio no hubiera esculpido en hexámetros *El Arte Poético*, sería para nosotros un simple comerciante romano”⁸⁸. Evoca en este ensayo sencillos recuerdos del colegio, en los cuales cuenta que entonces fue la única vez que tuvo vanidad literaria, “confié en mis fuerzas. Ahora creo en la fortuna, espero la ocasión propicia, aguardo el cuarto de hora en que los hombres hacen su carrera y su vida”⁸⁹.

En la semblanza de Alberto Blest Bascañán, su amigo “Ito”, elogia más al joven de inteligencia clara y despejada y al “buen amigo”

⁸⁶*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 200.

⁸⁷*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 205.

⁸⁸*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 222.

⁸⁹*Estudios y Ensayos Literarios*, ya citado. Pág. 227.

que al literato, al pintor o al músico aficionado a las letras y a las bellas artes.

El artículo necrológico dedicado al poeta popular Bernardino Guajardo, es un vivo retrato del viejo pallador chileno, a lo divino y humano. Leer una de sus estrofas "es leer un pedazo de la vida del pueblo", dice Balmaceda. Es el único escritor chileno de su estirpe y de su época que se ocupó con cariño sincero de un poeta de la clase obrera.

Aunque la conferencia *Los Salones Literarios* está entre los cuentos, prefiero recordarla antes para dedicar a los relatos de Balmaceda la última parte de este ya largo ensayo. Estos salones son "un punto de contacto entre los hombres y las mujeres". Habla con admiración de la mujer y del poderoso influjo que ella ejerce "en la vida social y en la felicidad del hombre". Cree que si el "hombre es bueno, es porque nace de mujer". El estilo de esta conferencia es grandilocuente y de gusto dudoso, pero tiene el honor de haber sido uno de los primeros impulsores del feminismo chileno.

En las otras páginas de esta quinta y última parte de *Ensayos y Estudios Literarios*, hay cinco cuentos de A. de Gilbert; pero aunque con ellos se inicia en la literatura chilena el movimiento modernista, y Darío les da una excesiva importancia, creo que no tienen mayor trascendencia. Los relatos de nuestro autor no me convencen, están llenos de "perfumes", escritos en estilo con tendencia preciosista, muy relamido y sin gracia; por más que Eduardo Solar Correa diga que Balmaceda no nació romántico, y "nada en sus páginas lo enlaza a la literatura anterior, y todo en cambio, lo une a la que ha de venir"⁹⁰. En estas narraciones, a pesar de todo su modernismo de oro dorado, hay todavía mucho de la escuela romántica, como que era lector impenitente de Lamartine, de Musset y de Víctor Hugo. *Camino del Sol*, *Las Violetas*, que probablemente es su última producción literaria, escrita el 22 de abril de 1889; *La Marcha Nupcial* y *Un Naufragio*, cuyo héroe es Alberto Blest Bascuñán, todos tienen el dejo melindroso y dulzón del insoportable romanticismo. Podría exceptuarse *La Marcha Triunfal*, que es un buen cuadro costumbrista chileno.

Con estos cuentos se inició en Chile el Modernismo literario; así lo reconocen Rubén Darío, Francisco Contreras, Eduardo Solar Correa y Raúl Silva Castro, y lo da a entender Manuel Rodríguez Mendoza.

⁹⁰*Escritores de Chile*. Eduardo Solar Correa. Pág. 229.

El Modernismo, que comienza en Francia entre los años de 1880 y 1885, reacciona violentamente contra el realismo, satura la prosa y el verso de exotismo, sensibilidad amplia y absoluta y de un lenguaje opulento, raro, agraciado, espontáneo y atrevido. Además, con la obra de Rubén Darío, su principal impulsador, la literatura hispanoamericana obtuvo su mayor edad y su carta de ciudadanía en las letras universales.

Francisco Contreras expresa que, "adolescente aún, Balmaceda adoraba a los modernos escritores franceses, cuyos últimos libros estaba leyendo siempre, y era gran aficionado a todas las artes"⁹¹.

Eduardo Solar Correa, uno de los pocos que admira a A. de Gilbert, escribe en *Escritores de Chile*: "Murió Balmaceda a los veintiún años y ya es hora de decirlo: su nombre reclama un lugar eminente y señero en nuestras letras. Con él alborea no sólo un nuevo estilo, sino un espíritu nuevo: el que ha de informar la evolución modernista. La aristocracia espiritual, el cosmopolitismo, el paganismo artístico, el culto de la forma pulcra y novedosa, la compenetración con el alma francesa, la dilección por los objetos preciosos de exótico origen, el odio a lo vulgar, el despego por todo lo que dice contienda política o social: en suma, lo que constituye la esencia de ese movimiento, está no insinuado, sino en plena realización en la breve obra de este muchacho extraordinario. Su influencia sobre Rubén Darío, que al llegar a Chile ignoraba el idioma de Francia y que aún no conocía el hechizo de sus poetas simbolistas y parnasianos (por más que Darío declaraba haberlos leído antes de venir a nuestro país) * es desde todo punto evidente, y día llegará en que su nombre tenga resonancia americana"⁹².

Raúl Silva Castro es más parco, pero muy acertado en su juicio: "El cuento modernista —dice— exquisito en el estilo y animado comúnmente por seres de excepción (hadas, gnomos, príncipes), había comenzado a practicarse en Chile, con influjo directo de Rubén Darío, en las muy contadas producciones de Pedro Balmaceda Toro; pero la brevedad de la vida de este escritor en todo malogrado, no permite que se manifieste más caudalosamente esa orientación"⁹³.

En la carta a su hermano Elías, el Presidente Balmaceda expresa-

⁹¹*Rubén Darío, su vida y su obra.* Francisco Contreras, Barcelona. Pág. 52.

*La frase entre paréntesis es del autor de este ensayo para Atenea.

⁹²*Escritores de Chile.* Eduardo Solar Correa. Pág. 229.

⁹³*Panorama Literario de Chile.* Raúl Silva Castro. Ed. Universitaria. 1961. Santiago. Pág. 357.

ba que su hijo Pedro "había ganado mucho en criterio, estudio y facilidades literarias. Podía ya creer que en poco tiempo habría sido el primero entre los jóvenes de su época. Estaba preparando un libro, y dejó algunos trabajos inéditos".

Don José Manuel Balmaceda encomendó a Manuel Rodríguez Mendoza la recopilación de esos "trabajos inéditos" de su primogénito, que vieron la luz pública el mismo año de 1889 bajo el título de *Estudios y Ensayos Literarios*.

El compañero de labores de A. de Gilbert, en el diario *La Epoca*, José Gregorio Ossa (Gil Pérez), muerto también prematuramente (1897), y todos los escritores de aquel tiempo pensaron que el nombre de Pedro Balmaceda Toro figuraría con honor en la historia literaria chilena; sin embargo se equivocaron, y como lo manifesté al comenzar este estudio, los historiadores de las letras nacionales, salvo honrosas excepciones, relegaron al olvido la personalidad del escritor más precoz de nuestra tierra y de Hispanoamérica.

Ojalá estas páginas contribuyeran a dar "resonancia" al nombre de Pedro Balmaceda Toro en la literatura americana.

OBRAS

Estudios y Ensayos Literarios (A. de Gilbert) Imp. Cervantes, Santiago. 1889.

BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

CONTRERAS, FRANCISCO. *Rubén Darío, su vida y su obra*. Tipografía Cosmos. Barcelona. 1930.

DARÍO, RUBÉN, *Obras de Juventud*. Edición ordenada, con un ensayo sobre Rubén Darío en Chile, por Armando Dónoso. Ed. Nascimento, Santiago. 1927.

LATORRE, MARIANO. *Antología de Cuentistas Chilenos*. Biblioteca de Escritores de Chile. xv. Santiago. 1938.

LILLO, SAMUEL A. *Literatura chi-*

lena. Ed. Nascimento. Santiago. 1930.

LILLO, SAMUEL A. *Literatura chilena*. Ed. Nascimento. Santiago. 1941.

LILLO, SAMUEL A. *Espejo del Pasado*. Ed. Nascimento. Santiago. 1947.

MELFI, DOMINGO. *El Viaje Literario*. Ed. Nascimento. Santiago. 1945.

MONTES, HUGO Y ORLANDI, JULIO. *Historia de la Literatura Chilena*. Ed. del Pacífico. Santiago. 1958.

ORREGO VICUÑA, EUGENIO. *Ensayos* T. II. Imp. Universo, Santiago. 1949.

RODRÍGUEZ MENDOZA, EMILIO. *Ultima Esperanza*. Imp. Ercilla. Santiago. 1899.

- RODRÍGUEZ MENDOZA, EMILIO. *Como si fuera ayer!...* Ed. Minerva. Santiago. 1922.
- RODRÍGUEZ MENDOZA, EMILIO. *Como si fuera ahora...* Ed. Nacimiento. Santiago. 1930.
- SILVA CASTRO, RAÚL. *Panorama Literario de Chile*. Ed. Universitaria. Santiago. 1961.
- SILVA CASTRO, RAÚL. *Rubén Darío a los veinte años*. Ed. Andrés Bello. Santiago. 1966.
- SOLAR CORREA, EDUARDO. *Escritores de Chile*. T. II. Imp. Universitaria. Santiago. 1932.
- VALDEBENITO, ALFONSO. *Historia del Periodismo Chileno*, Imp. Fantasía. Santiago. 1956.
- BIBLIA DE JERUSALÉN. Desclée de Brouwer. Bruselas. 1967.
- CONCILIO VATICANO II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar. Bib. de Autores Cristianos. Madrid. 1966.
- REVISTAS
- Anales de la Universidad de Chile*. Homenaje a Rubén Darío. Año XCIX. Primer trimestre de 1941. Nº 41. Tercera Serie.
- DOCUMENTOS INÉDITOS
- Carta del Presidente de la República José Manuel Balmaceda a su hermano Elías. 4 de julio de 1889.
- DODDIS, ANTONIO. *Pedro Balmaceda Toro*. Memoria de Grado. 1943.